

22-IV-89

'Jna Política Util, Pero con Costos

Las Rupturas Sexenales

- ★ Nadie Quiere ser Comparado con Pascual Ortiz Rubio
- ★ Salinas Sigue a Todo Trance la Apertura Económica
- ★ Forja su Legitimidad con Decisiones que Tocaban a MM

LORENZO MEYER

La parte freudiana de nuestro sistema político requiere que el hijo se enfrente al padre: que cada nuevo Presidente marque sus diferencias y niegue, al menos parcialmente, a quien le antecedió y le encumbrió. Entre nosotros, la ruptura sexenal a escala presidencial es, a la vez, una tradición y una necesidad del sistema.

Desde la época en que Alvaro Obregón impuso a sangre y fuego a Plutarco Elías Calles como su sucesor, el Presidente saliente es el principal arquitecto de la Presidencia que se inicia. Sin embargo, desde que en 1935 Lázaro Cárdenas rompió con Calles, más temprano que tarde todos los presidentes entrantes buscan un quiebre que los diferencie de quien, por voluntad propia y por conveniencia, les entregó el poder. Lo anterior no necesariamente tiene que ver con la falta de gratitud sino más bien con la necesidad que tiene el nuevo ejecutivo de ser visto por la élite política y por la sociedad entera —y ahora también por Estados Unidos— como el forjador de su propio destino político. De lo contrario, corre el peligro de ser comparado con Pascual Ortiz Rubio y ser tratado de manera

similar. Esa es la razón por la cual todo nuevo presidente tiene que tomar distancia de quien le precedió, negando algunas de las políticas del pasado inmediato sin importar que en su momento quien hoy es Presidente fue uno de los ejecutores incondicionales de las políticas que ahora se rechazan. Independientemente de consideraciones éticas, hay que convenir que para el sistema en su conjunto esta ruptura es muy útil, pues le permite introducir cambios de orientaciones y de personas que en otros países se logran por la vía electoral y la alternancia de los partidos en el poder.

Es muy probable que Miguel de la Madrid haya decidido que su sucesor debería ser Carlos Salinas porque el joven y dinámico economista era el miembro del gabinete más comprometido con lo que fue el corazón de la política delamadrinista: el cambio profundo en el modelo de desarrollo económico. Los intereses en juego de dicho cambio son enormes, desbordan nuestras fronteras y serán puntos de referencia en muchos años por venir. Los obstáculos que el cambio enfrentó y enfrentará son muchos y algunos formidables. El costo social que ha implicado tiene ya características históricas. En cualquier caso, la consolidación de un cambio de la magnitud del propuesto por De la Madrid era una tarea que rebasaba a su sexenio, de ahí la necesidad del entonces Presidente de dejar las riendas del poder en manos del continuador más seguro: Carlos Salinas.

Todo indica que De la Madrid no se equivocó. Ya como Presidente, Carlos Salinas ha seguido contra viento y marea el empeño neoliberal de abrir la economía mexicana a las oportunidades y peligros del exterior. Sin embargo, y afortunadamente para Salinas, la política abarca mucho más que la economía. Y es justamente en esos campos que no se refieren directamente al cambio económico estructural donde ya se ve la ruptura, una ruptura que sin ser definitiva es evidente y, desde luego, necesaria desde el punto de vista del nuevo gobierno.

El arresto de Joaquín Hernández Galicia y el grupo de caciques petroleros que le rodeaba, el envío a prisión de Eduardo Legorreta, el magnate cuya prosperidad coincidió con la pérdida de los ahorros de un buen número de sus clientes en el mercado de

valores, y la captura de Félix Gallardo, el narcotraficante que durante todo el sexenio pasado pudo hacerse invisible pese a vivir entre los poderosos del occidente mexicano, son otros tantos golpes espectaculares que le han valido a Carlos Salinas ser considerado por una parte de la opinión pública nacional e internacional no simplemente como el heredero de Miguel de la Madrid que llegó al poder muy debilitado por la forma como se llevó a cabo su elección, sino como un Presidente por derecho propio, y que está forjando su legitimidad con decisiones que en estricto sentido debió haber tomado Miguel de la Madrid.

El primer eslabón en la cadena de la actual ruptura sexenal se forjó con la decisión de poner punto final al cacicazgo de Joaquín Hernández Galicia, el líder moral del sindicato petrolero. En realidad, la necesidad de enfrentar a La Quina no era nueva; debió de haber sido una de las primeras acciones de Miguel de la Madrid para dar contenido a su famosa política de "renovación moral". "La Quina" no era sólo el jefe de un sindicato notable por su corrupción, sino un obstáculo mayúsculo a las políticas de modernización y racionalización del gasto público. Sin embargo, De la Madrid terminó no sólo por aceptar la permanencia de Hernández Galicia sino que decidió cambiar al director de Pemex —Rojas por Beteta— en lo que fue interpretado como una victoria del quinismo sobre un frustrado intento de introducir la modernidad y la renovación moral en la vital industria petrolera. Es más, De la Madrid debió aguantar a pie firme la advertencia (amenaza) que públicamente le hizo a nombre de Hernández Galicia el secretario del SRTPRM José Sosa cuando le dijo en una reunión en Los Pinos (y aquí cito de memoria) "Si Pemex se hunde, también usted". Detrás de esa frase se escondía la idea de que el sindicato tenía la posibilidad de paralizar a la industria petrolera y por tanto la economía. Salinas no creyó en la amenaza, usó al ejército y ¡el que se hundió fue "La Quina"!

Cuando merced a la incapacidad del gobierno para detener la inflación, la Bolsa de Valores se convirtió en el último refugio de muchos mexicanos de clase media que buscaban evitar que sus ahorros se convirtieran en humo —los bancos pagaban entonces ta-

las autoridades dejaron que la especulación corriera desenfrenada en el sector bursátil hasta desembocar en un crash espectacular. Del desastre salieron mal librados justamente los más desprotegidos, pero unos cuantos ganaron en un abrir y cerrar de ojos fortunas extraordinarias. Las autoridades hacendarías del sexenio pasado no hicieron nada ni antes ni después del desastre, y una declaración presidencial culpó a los perdedores de ser los causantes de su propio mal... por haber sucumbido a su avaricia. Carlos Salinas, en cambio, descubrió rápidamente donde estaba realmente la avaricia: en un priista distinguido que había ganado espectacularmente mientras el grueso de los mexicanos perdían, gracias a que había violado las reglas del juego bursátil, un juego que las autoridades hacendarías debían de haber conocido y vigilado pero no lo hicieron. Ahora Eduardo Legorreta y algunos de sus socios están en la cárcel. Es opinión generalizada que no todos los culpables del crash de 1987 han sido castigados —los grandes tenedores de bonos que se unieron para retirar al unísono sus utilidades— pero que todos los que han sido castigados son culpables de esa avaricia que De la Madrid atribuyó a los miles de ahorradores que se quedaron sin ahorros.

El tercer eslabón de la cadena —y por el momento el último— es la detención del narcotraficante mexicano más buscado por los norteamericanos: Félix Gallardo. La relativa facilidad de su detención en Guadalajara da pie a sospechar que desde hace años el señor Félix Gallardo no tenía mucho interés en ocultarse de las autoridades sino que más bien eran éstas las que no tenían prisa en encontrarse con él... al menos no de manera oficial.

Como responsable de todas las grandes decisiones políticas durante su sexenio —las que se hicieron y las que dejaron de hacerse— la figura de Miguel de la Madrid pierde inevitablemente brillo en la medida en que lo gana Carlos Salinas porque éste hace ahora lo que se debió haber hecho ayer. Sin embargo, hay que subrayar que esta transferencia de brillo no sólo la paga el Presidente anterior sino algunos más.

La destrucción del poder de "La Quina" requirió, entre otras cosas, que el vacío dejado por el cacique no fuera llenado por alguien producto de las poderosas fuerzas de la demo-

cracia, pues ello alentaría las tendencias de la independencia sindical. Fue por eso que la misma fuerza que acabó con Hernández Galicia ha puesto en su lugar a otro personaje que, en lo esencial, es muy similar al líder hoy encarcelado. Por ese hecho, la caída de La Quina se asemeja menos a una acción de la justicia y más a un ajuste de cuentas contra alguien que en su momento no apoyó con entusiasmo la candidatura de quien hoy es Presidente. El encarcelamiento de Legorreta ha despertado ciertas sospechas y temores entre el sector privado mexicano, un sector cuya cooperación le resulta hoy indispensable al gobierno. Además, este arresto deja en una posición muy incómoda al antiguo secretario de Hacienda, hoy embajador en Washington, pues en el mejor de los casos le exhibe como una persona poco diligente cuando tenía la responsabilidad de vigilar la buena marcha del mercado de valores.

La captura de Félix Gallardo y sus asociados arroja, como un subproducto, la imagen de un sistema de complicidades entre narcotraficantes y autoridades que se sospecha generalizado. Y no sólo eso, sino que no deja bien parado al gobernador de Sinaloa —Labastida acababa de poner muy en alto la calidad de sus jefes policiacos cuando el Ejército colocó a varios de ellos en la cárcel— y a varios ex gobernadores de Sinaloa y Jalisco. Uno no puede evitar la pregunta ¿Por qué a Enrique Álvarez del Castillo le fue imposible dar con Félix Gallardo cuando ambos residían en Guadalajara y, en cambio, ahora desde el Distrito Federal le fue muy fácil encontrarlo y arrestarlo?

Finalmente, el mostrar las fallas del sexenio anterior con hechos como los señalados es un arma de doble filo. Por un lado, las acciones espectaculares han recibido el aplauso de la sociedad, al menos de quienes se enteraron de ella, pero por otro confirman plenamente los temores de quienes sospechan que la corrupción —en este caso sindical, de la gran empresa privada y la policiaca— es un fenómeno muy extendido y que es parte inherente al sistema político. Sistema del cual forma parte tanto ese sexenio como el pasado y todos los que le antecedieron. Este es quizá el verdadero precio de la ruptura sexenal en su modalidad actual.